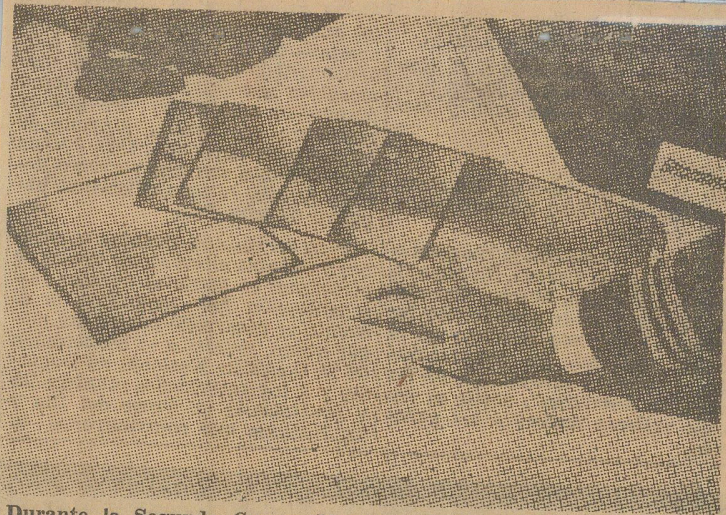




Durante la Segunda Guerra Mundial, la Armada desempeñaba un importante papel y los agentes del espionaje nazi tenían un interés fundamental en las cartas de navegación. Todos los esfuerzos por escomotearlas fueron insuficientes, frente a la vigilancia de los agentes del FBI.

EL FBI POR DENTRO

(Continuación de la página PRIMERA)

Hamburgo, un extraño le tocó en la espalda y le comunicó que era un oficial de la policía. Le estuvo interrogando largo rato sobre su vida, sus actividades, etc. Conocía bastante de una cosa y la otra, lo que no dejó de intrigar al viajero. Finalmente, al despedirse, le dijo: "Volverás a saber de nosotros".

Pasó el tiempo sin que Sebold tuviese más noticias sobre aquel extraño interrogatorio, del cual se había ya prácticamente olvidado. Pero un día recibió una carta, firmada por un doctor Gassner, en la que se hablaba de Alemania, del Tercer Reich, del nacionalsocialismo, del Poder desde hacía seis años—en la necesidad de que todos los alemanes le sirviesen donde quiera que pudiesen encontrarse. La carta, a la que siguieron otras en rápida sucesión, terminaba con el acostumbrado "Heil Hitler". El Dr. Gassner le pedía, con ruda franqueza, que volviese pronto a Estados Unidos y se pusiese al servicio de Ale-

mania. Sebold, empezó a sentirse molesto y hondamente preocupado y acabó informando a su copila no había jamás pasado por su mente, que le repugnaba incluso el pensamiento de haber traición al país que había adoptado como suyo.

Dejaron de llegar cartas firmadas por el doctor Gassner. Pero empezaron a llegar otras firmadas por oficiales de la Gestapo, en las que se recurría abiertamente a la amenaza, a las consecuencias que su actitud pudiera tener, para él mismo y, sobre todo, para sus familiares en Alemania.

Sebold se fué a Colonia a ver el cónsul de los Estados Unidos pensando en emprender en seguida el viaje de regreso. Estaba profundamente alarmado. Allí tropezó con alguien que mostró un interés particular por lo que le sucedía.

Cuando volvió a su pueblo había cambiado por completo. Era otro hombre. Estaba dispuesto a seguir todas las instrucciones que le diesen.

EMPIEZA UNA LUCHA

Sebold era el instrumento —uno de tantos— del destino disputado por dos poderosas organizaciones y, en cierto modo, por dos patrias también. La lucha que empezaba iba a ser gigantesca y el papel que en ella se le reservaba, de singular significación.

Apenas aceptó lo que con tanta insistencia se le venía pidiendo que hiciese, Sebold recibió instrucciones para salir en seguida para Hamburgo, donde fue sometido a un intenso curso de preparación y entrenamiento en claves de radio, telegrafía, criptografía, microfotografía y así sucesivamente. Recibió instrucciones detalladas sobre lo que tendría que hacer y cómo había de hacerlo, sobre su comportamiento cuando regresara a Estados Unidos —entre lo cual figuraba el no tener contactos con los miembros de la colonia alemana, a parte, naturalmente, los agentes de espionaje sobre los cuales recibiría instrucciones concretas— todo, en fin, lo que contribuyeron a dar la mayor eficacia posible a su labor. Debería pasar por un entrenamiento perfecto y para ello lo mejor sería empezar por cambiar de nombre, por llamarse Harry Sawyer. Debía extremar los sentimientos de patriotismo a su nueva patria, presentándose voluntariamente en la Guardia Nacional, una especie de milicia de los Estados Unidos.

Terminado el período de instrucción, en condiciones altamente satisfactorias, se dispuso lo necesario para el regreso. Tomaría el barco en el puerto de Génova. Llevaría consigo cinco microfotografías, de insignificante tamaño, reproducción de otras tantas cartas. Dos de ellas contenían instrucciones, incluyendo la consigna de "Escoy en manos del médico", que habría de ser cableografiada en el momento mismo de sospechar que le seguían. Las demás eran otras tantas comunicaciones para tres importantes figuras del espionaje alemán en Estados Unidos, el coronel Fritz Duquesne, Lilly Stein y Everett Roeder.

William Sebold llegó a Nueva York el 8 de febrero de 1940. Hacía cinco meses que había empezado la guerra de Europa, pero todavía no habían entrado los Estados Unidos. Apenas desembarcó, había desaparecido acompañado por dos agentes del F.B.I. que lo estaban esperando. La noticia de que se encontraba camino de Estados Unidos había llegado cuando Sebold estaba ya lejos del puerto de Génova. Mientras daba una información detallada de todo lo que había pasado durante los meses de entrenamiento para sistema de espionaje alemán, salió para Hamburgo un cablegrama en el que se daba cuenta de que había llegado perfectamente.

UN DOBLE JUEGO PELIGROSO

Sebold iba a estar a las órdenes del jefe del espionaje alemán en Estados Unidos, el coronel Fritz Duquesne. Los cinco mensajes microfotografiados fueron copiados por el F.B.I. y devueltos rápidamente, para que pudiesen ser entregados en seguida. Al cabo de tres meses de constante "meritorio trabajo", Sebold empezó a montar en las afueras de Nueva York una moderna y poderosa emisora de radio, siguiendo las instrucciones que iba recibiendo y con el dinero que se ponía a su disposición. Iba a tener contacto directo con la estación A.O.R. en Hamburgo. Con todo ya a punto, sólo faltaba un detalle: un operador capaz y al mismo tiempo de la mayor confianza. Duquesne no cabía en sí de gozo cuando se encontró con uno que le pareció ser ideal. El F.B.I. se había encargado de buscarlo.

Al cabo de pocos meses y de haber pasado por la emisora medio millar de mensajes con información procedente de todos los puntos de Estados Unidos, el F.B.I. por el cual pasaban todos los mensajes y del cual salían las instrucciones sobre lo que se debía y lo que no se debía transmitir, llevó a cabo la primera gran redada. Treinta y tres

figuras principales del espionaje alemán habían quedado prensados en los lazos que habían sido pacientemente colocados y todas condenadas finalmente a largos años de prisión.

Pero no todo se había perdido. La consternación con que la noticia llegó a Hamburgo, transmitida por la emisora de Sebold, tuvo su contrapartida: la emisora seguía funcionando y no había motivos para pensar que las autoridades norteamericanas fuesen la menor sospecha de su existencia. El hecho de que esto fuese comunicado por la propia emisora parecía alejar toda sombra de duda.

Pasado un tiempo, Sebold envió un mensaje sugiriendo la idea de abrir una oficina en Nueva York en la que se presentaría él mismo como ingeniero consultor de motores Diesel. La idea había salido del F.B.I. que buscaba la manera de ir localizando a los agentes y espías que aún quedaban en el país. Una oficina de esta clase sería un lugar magnífico para celebrar reuniones, tener entrevistas, etc., sin despertar sospechas. Llegó de Alemania la aprobación y la autorización para los gastos de la misma.

Los fondos secretos de la Alemania nacionalsocialista hicieron frente a las necesidades e unas oficinas a tono con la personalidad de un gran ingeniero consultor, H. Sawyer. Pero de la instalación se encargó el propio F.B.I. Quedó montada con tanto cuidado que por detrás de los decorados había una red de cables y aparatos destinados a la obtención de fotografías, de películas, de impresión de sonido, todo lo cual iba a parar a otro despacho, en el que estaban instalados los aparatos de registro, a cargo de los agentes de contraespionaje del F.B.I.

Por el despacho, además de mensajes en una y otra dirección, iban pasando también personajes escogidos del espionaje alemán, a menudo para entregar a Sebold algún informe para transmitir. También a veces el despacho servía a manera de refugio, para dar rienda suelta a emociones o inquietudes de índole personal, algo de lo que debe estar necesitado incluso un espía, por grande que sea la sensación que deje de frialdad o de imposible deshumanización.

Aquí precisamente, en este lujoso despacho de un supuesto ingeniero consultor, tuvo ocasión el F.B.I. de conocer algunos detalles íntimos, muy personales, de algunas de las grandes figuras del espionaje alemán como por ejemplo, Fritz Duquesne, Lilly Stein, etc.

Todos ellos acabaron en la cárcel después de haber pasado ante los tribunales en uno de los mayores y más sensacionales procesos de espionaje en la historia de los Estados Unidos. En todo este proceso, con docenas de nombres en cada uno de los cuales se repite la misma historia, con detalles diferentes, fueron cayendo en manos del F.B.I. —la más joven de todas las organizaciones de su clase del mundo, de la que apenas podía decir siquiera que fuese una organización de contraespionaje, aun cuando el contraespionaje era y sería, a parte, naturalmente, una de sus actividades como eficaz instrumento de investigación y lucha contra todo lo que contraviene los principios legales en que se asienta la vida norteamericana— muchos de los mejores agentes al servicio de la Alemania nacionalsocialista en los días de la pasada guerra. De la eficacia de la intervención del F.B.I. da idea el hecho, de elocuente sencillez, del fracaso rotundo del espionaje alemán en los Estados Unidos en los años de aquel tremendo conflicto.

EL F. B. I. POR DENTRO

- ◆ El viejo truco de cometer un delito en un Estado y marchar a otro, se destruye frente al formidable archivo dactilar del FBI.
- ◆ Los expertos del FBI son capaces, por sus estudios y finísima intuición, de interpretar cualquier clave.
- ◆ Mientras el crimen cuida de los grandes detalles, el FBI lo hace de los pequeños: por eso triunfa.

Capítulo VII — T E C N I C A —

Uno de los servicios más importantes del F.B.I., es el de las huellas dactilares, centralizado en Washington, en cuya oficina hay 114 millones de juegos de huellas, la mayor colección de su clase en el mundo.

Millones de estas impresiones proceden de los servicios armados. En la última guerra el número de "muertos desconocidos" entre los soldados de primera línea que vistieron uniforme, en los Estados Unidos, tenían sus huellas dactilares en los archivos del F.B.I. Por otra parte, han

ido llegando millones de huellas de personas civiles, en su gran mayoría, convencidas de la gran utilidad que para su propia pro-

(Página seis, columna tres)



Los agentes del F.B.I. se infiltraron entre los empleados de correos y examinaban las valijas minuciosamente en busca de alguna pista que los llevara a descubrir las redes de espionaje. Ningún documento de importancia o relacionado con el espionaje, podía pasar indiferente ante la vigilancia impar del F.B.I.

El F.B.I. por dentro

(Continuación de la página PRIMERA)

tección y seguridad tiene su archivo.

En una sección especial están las huellas de los que viven al margen de la ley que han contribuido a la detención de más de siete millones y medio de personas. Un promedio de doce mil huellas dactilares llegan diariamente al laboratorio, donde son cuidadosamente analizadas, clasificadas y examinadas por unos diez y ocho mil empleados.

Centenas de criminales y delincuentes son identificados todos los meses, a medida que sus huellas dactilares van pasando por el laboratorio del F.B.I., donde existe un método perfecto de clasificación e identificación. Es un servicio que está en todo momento a disposición de todas las organizaciones de policía del país. Los criminales que huyeron de un Estado a otro, hace ya años, con el propósito de pasar inadvertidos, se encuentran ahora con que van cayendo en los lazos de la justicia. La historia de sus pasadas actividades queda de manifiesto en el momento mismo en que sus huellas, como consecuencia de una detención, a menudo por un delito sin mayor importancia, van a parar al F.B.I., se han venido a centralizar todos los servicios, que van haciendo difícil cuando no imposible, eludir la justicia huyendo de un Estado a otro. Por los informes y avisos que llegan al F.B.I. son también identificados centenares de fugitivos todos los meses.

Son las huellas dactilares el único medio hasta ahora conocido de identificación positiva del hombre, por lo que esta inmensa colección es de una utilidad extraordinaria para los Estados Unidos. Con frecuencia sirve para la identificación, no de criminales, sino de víctimas y de accidentes, de casos de amnesia, etc. En sus archivos hay muchos detalles emocionantes de fa-

Harbor, Mrs. Dickinson empezó a enviar informaciones de vital importancia sobre los daños que había sufrido la Marina de Guerra norteamericana en el ataque por sorpresa de que fue víctima en las islas Hawai, por medio de cartas que iban dirigidas a un lugar convenido, en la Argentina. En sus comunicaciones Velvalee ponía como dirección propia no la suya, sino la de distintos clientes.

Cuatro de esas cartas cayeron en manos del F.B.I. por haber sido devueltas a las personas que en apariencia las habían enviado, con la anotación de "comunicante desconocido". El contenido de las cartas expresado en el lenguaje del comerciante de muñecas, parecía un poco sospechoso y extraño.

Las cartas fueron examinadas en el laboratorio del F.B.I. Se empezó por observar que las firmas eran falsas, las máquinas de escribir utilizadas eran distintas en cada caso pero las características de la escritura indicaban que habían sido redactadas por la misma persona. Las muñecas eran descritas con referencia a sus nacionalidades y las actividades de cada nación y se hablaba de la importancia de las reparaciones que se llevaban a cabo. Por ejemplo, en una carta describía que tres cabezas de viejas muñecas chinas, procedentes de Inglaterra, estaban en sus manos y que las había dejado para ser reparadas en un maravilloso hospital de muñecas. El F.B.I. llegó a la conclusión precisa de que se trataba de tres acorazados y que el hospital eran los astilleros donde se encontraban en reparación.

EMPIEZA A ESTRECHARSE EL CERCO

Las mujeres que se habían visto inocentemente arrastradas hacia este complot de espionaje, al ser

precipicio, lo empujaron y el cadáver fue a parar a un barranco, a gran distancia.

La policía local dió, al fin, con el auto destrozado y con el cadáver del doctor. Del examen cuidadoso de los restos del automóvil surgió una huella dactilar latente, de la cual se obtuvo una impresión fotográfica que fue enviada al F.B.I. para su posible identificación. Se trataba de un hecho horrible. Los técnicos del F.B.I. recibieron instrucciones para grabar bien aquella huella en su mente, registrarla y archivarla, después de realizar todas las comprobaciones posibles y de no haber encontrado ninguna otra similar en los archivos, que puede decirse que estaban todavía empezando a organizarse.

Habia pasado más de un año, cuando el F.B.I. llegó al breve historial, con las huellas dactilares, de un tal William Harrison Holden, que había estado en la cárcel, detenido por un delito de escasa importancia y había sido puesto en libertad por el sheriff de Stockton, pequeña población de California. Albert Ground, un especialista en huellas al pasar revista a este historial, identificó una de las huellas dactilares con la que había sido llamada en el coche del doctor, en el caso Fleagle. Holden era el mismo Fleagle y su identificación resolvió por completo aquel crimen y dejó libres de toda culpa a cuatro personas que las autoridades locales habían detenido por considerarlo sospechosos del atraco y asesinato.

El propio Fleagle perdió la vida al ofrecer, más tarde, resistencia en el momento de intentarse su detención. Los tres compañeros y colaboradores en el atraco fueron condenados a muerte.



Esta ficha del delincuente Frederick J. Tenuto, acusado de un crimen fué divulgada por la Oficina Federal de Investigaciones. Este procedimiento permitió que la policía capturara también a Willie Sutton, considerado el "enemigo público número uno" de Estados Unidos.

milias deshechas, que han vuelto a encontrarse gracias a estos servicios.

No hace mucho el F.B.I. recibió de una madre que vive en California la copia de las huellas dactilares de un hijo obtenidas cuando tenía tres años de edad. Con ello iba la breve historia de grandes dificultades y tremendos problemas familiares que le habían impuesto la separación de su hijo hace muchos años. Ahora estaba ansiosa por verle, después de diez y siete años.

Con precisión increíble, el F.B.I. encontró en seguida que aquellas huellas dactilares correspondían a las de un joven que se encontraba en la actualidad prestando el servicio militar. Había cambiado de nombre, pero las líneas y dibujo de las huellas dactilares seguían siendo los mismos. De esta manera fué posible reunir otra vez a la madre y al hijo.

EL CASO DE LA VENDEDORA DE MUÑECAS

Va dejando el hombre, repetimos, huellas de su paso por el mundo y a veces la casualidad sitúa algunas al alcance del F.B.I. y así fué como sucedió en el llamado "Caso de la Vendedora de Muñecas".

¿Qué fué lo que movió a Velvalee Dickinson a trabajar para los japoneses en los días en que su país, los Estados Unidos, se encontraban literalmente de espaldas contra la pared? ¿Fue por el dinero o por un concepto equivocado de la lealtad? Esta señora, nacida en California, había sido durante años, miembro entusiasta de la Sociedad Japon-America, de San Francisco. Entre sus muchos amigos estaba un agregado del Consulado japonés, encargado de los asuntos confidenciales.

Después de haber estado empleada en un Banco de San Francisco, en 1928, entró a formar parte de una Sociedad de corredores de Bolsa, en la que su marido ocupaba un cargo directivo. Hasta 1935 fué contable de esta Compañía, que manejaba importantes cuentas japonesas. Mrs. Dickinson llegó a tener prestigio como una auténtica mujer de negocios. Pero después de que la Empresa quebró en 1937, ella y su marido salieron para Nueva York con muy poco dinero. Velvalee obtuvo empleo como vendedora de muñecas en una gran casa comercial y al poco tiempo, abrió su propia tienda en la Avenida Madison.

Inmediatamente después de Pearl

utilizados sus nombres y direcciones en las cartas que fueron a parar al F.B.I. sirvieron para hacer que la atención de este servicio se volviese hacia la comerciante en muñecas. Al seguir los pasos de sus actividades, los agentes especiales se encontraron con que, poco después del ataque contra Pearl Harbor, Velvalee había visitado Seattle, en el Estado de Washington; San Francisco, Nueva York, Portland y Oakland, ciudades que eran centros de actividad naval y que había vuelto, finalmente a Nueva York. Después del examen de muchas circunstancias se llegó a la conclusión de que utilizaba las máquinas de escribir que había en los hoteles en que residía, durante sus viajes, a disposición de los clientes.

También se descubrió que esta mujer, que continuamente había recibido pequeñas cantidades de dinero a préstamo de varios bancos y empresas comerciales de Nueva York, hasta fines de 1941, en 1943 disponía de gran cantidad de billetes de cien dólares. Cuatro de los billetes que utilizó para el saldo de deudas se pudo comprobar que habían pertenecido, en un tiempo, a funcionarios japoneses, que los habían recibido ya antes de la guerra. Una vez que se hubo reunido toda la información posible sobre el caso, los agentes especiales del F.B.I. procedieron a la detención de Mrs. Dickinson en el sótano de un banco de Nueva York, donde tenía alquilada una caja de seguridad.

IDENTIFICACION DE UN TEMIBLE ASESINO

Uno de los casos más extraordinarios de identificación por medio de las huellas dactilares que han pasado por el F.B.I. data del año 1930, cuando se procedió a la identificación de un temible asesino, Jake Fleagle.

Fleagle y otros tres bandidos habían asaltado el First National Bank de Lamar, Col., el 23 de mayo de 1928. Con las armas de fuego dispuestas, ordenaron a todos los que estaban en el banco que levantasen las manos. Asesinaron al presidente del banco y a su hijo, que habían intentado ofrecer resistencia, y se llevaron unos doscientos mil dólares.

Uno de los bandidos resultó herido. Sus compañeros llamaron a un doctor para que lo curara, y después vendaron al médico los ojos, lo asesinaron a tiros, lo colocaron en un automóvil, que, finalmente, fué llevado al borde de un

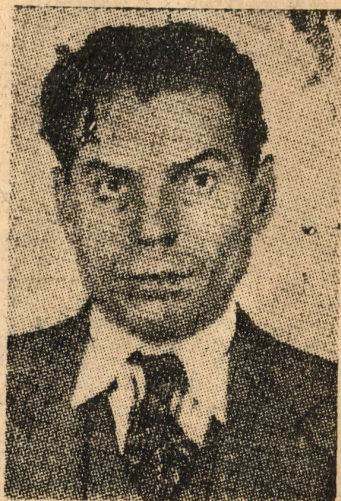
EL F. B. I. POR DENTRO

- ◆ Agentes del FBI se infiltraron en el partido comunista de E.U. para descubrir sus actividades delictivas.
- ◆ El proceso contra 11 rojos fué uno de los más largos y costosos de Estados Unidos.
- ◆ Ese comunista, el más rebelde, es precisamente el agente que el FBI mandó a infiltrarse en el partido.

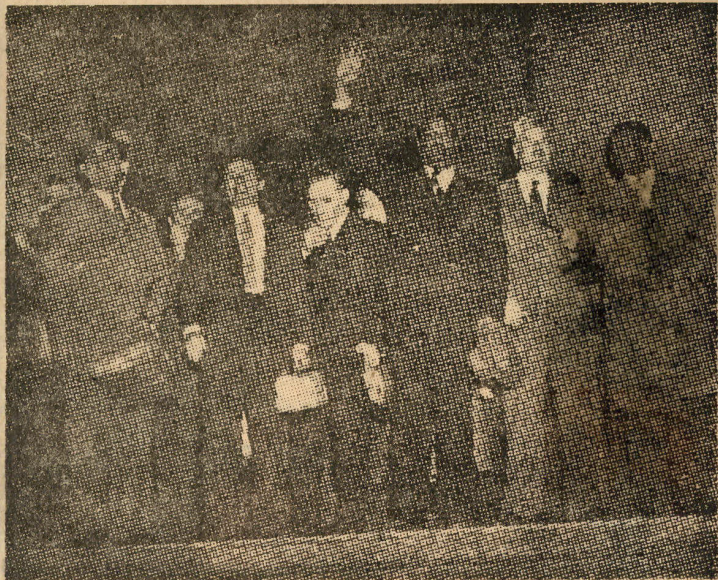
Capítulo VIII —JUICIO CONTRA COMUNISTAS—

En toda la historia de los Estados Unidos, rica en procesos judiciales con tendencia a eternizarse, no ha habido todavía una vista tan larga, tan agria y, a menudo, tan violenta, como la seguida contra once dirigentes del partido comunista norteamericano, vista que empezó el 17 de enero de 1949 y no concluyó, en el tribunal de primera instancia que los juzgó, has-

ta el 14 de octubre del mismo año. Acabó con la condena de once acusados y también de todos sus abogados defensores, lle-
(Página seis, columna cuatro)



El secretario de la empresa comercial rusa "Amtorg", Alejandro Aleksandrovich Istchenko, trabajaba como espía de su país en Estados Unidos antes de que el FBI se le atravesara en su criminal carrera.



El FBI fué la parte acusadora en el proceso contra varios dirigentes comunistas norteamericanos, ante el Tribunal Federal de Nueva York. En la fotografía aparecen los líderes rojos al salir del tribunal que los dejó en libertad bajo multa de 260 mil dólares.

El F.B.I. por dentro

(Continuación de la página PRIMERA)

vados a la cárcel por el delito de desacato al tribunal.

Ciento setenta y nueve sesiones se celebraron, con un total de más de cinco millones de palabras, que llenan 20,982 páginas de una crónica judicial capaz de sobrecoger el ánimo del más templado organismo judicial que haya tenido que entender en un asunto para poder establecer un criterio sobre los méritos o la ausencia de ellos, en presencia de un recurso de apelación. Al Gobierno le costó un millón de dólares y a la defensa, encargada de probar la inocencia de once dirigentes de un partido que se llama proletario, casi la mitad.

Los once acusados eran miembros de la dirección máxima del partido comunista norteamericano. Habían sido detenidos con la acusación de violar la llamada Ley Smith, aprobada en tiempos de excepción para hilar delgado con los que sirven intereses contrarios a la nación en guerra. Los cargos del fiscal acabaron resumiéndose concretamente, en la acusación de inculcar y de insistir, en la necesidad y el deber de todo comunista de derrocar al Gobierno de EEstados Unidos por la fuerza y la violencia.

MÉTODOS DE PROPAGANDA DEL PARTIDO COMUNISTA

Como ya tenía por costumbre, el comunismo norteamericano recibió con satisfacción la noticia de la detención y procesamiento de sus dirigentes máximos. Era algo que encajaba perfectamente en sus planes de agitación y propaganda. Con esto, tendría ocasión de convertir una sala de audiencia en un foro de polémica y de propaganda, que acabaría teniendo por auditorio a toda la nación y por medios adecuados de difusión, a la prensa y la radio de todo el país. El día mismo en que empezó la vista, en la plaza Foley, donde se alza el solemne y severo edificio que aloja los servicios de los tribunales federales en la ciudad de Nueva York, se habían congregado casi medio millar de piquetes comunistas, formados en línea de dos en fondo, que arrastraban silenciosamente los pies y que exhibían sendos ejemplares del órgano del partido comunista el "Daily Worker", en el que se acusaba a las autoridades de fraudulentas maquinaciones para con-

denar a los dirigentes del partido.

Empezó la defensa y fué hablando un abogado detrás de otro, cada uno de los cuales repetía los mismos argumentos, con creciente violencia y apasionamiento, condenando todo el sistema judicial de la nación, basado en el jurado, por calificarlo de "discriminatorio, inválido, ilegal y anticonstitucional", por la sencilla razón —sostenían— de no tolerar el acceso a él de los representantes de la "clase obrera" o de las minorías raciales y religiosas.

Escuchaba el juez con infinita paciencia, aquellas largas, interminables, argumentaciones de la defensa, que no acababa de entrar en materia, que estaba dispuesta, ya se veía, a vencer por agotamiento de los contrarios, que buscaba también apuntarse tantos por el habilitado recurso de acabar con la paciencia del juez y lanzarlo por el camino de la intemperancia y la desesperación. Escuchaba el juez Medina son sosiego, y acabó, incluso, por otorgar a la defensa el derecho a citar testigos en demostración de la verdad de sus afirmaciones y de sus cargos contra el sistema del jurado, tan consustancial con la vida jurídica norteamericana.

Dos meses se invirtieron en embrollar, más que aclarar, el camino de las sesiones preliminares, en los cuales el Juez Medina tuvo, en verdad, ocasiones más que suficientes para perder la paciencia alguna vez, pero no en beneficio de la defensa y de los encartados en el proceso, que era lo que se buscaba. Al cabo de muchas sesiones, empezó por acusar a los defensores de tratar de "convertir la justicia en una burla", y anunció que estaba dispuesto a impedir las "tácticas dilatorias deliberadas y concertadas". Aquella no era para menos. Más de una semana fué dedicada a la exposición que hizo el profesor Dextery Wilkerson para llegar por fin a la conclusión de que los once comunistas acusados no podrían ser nunca juzgados con "imparcialidad" cuando el jurado estaba formado por personas "ricas, propietarios, de la clase acomodada".

Después vino el careo, en el cual el "documentado" profesor tuvo necesariamente que reconocer que entre su clasificación de personas en posición "ejecutiva" había carniceros,

panaderos, zapateros remendones y sastres, todos ellos clasificados en el censo, como artesanos u obreros manuales.

Apenas el juez Medina podía resistir más y tampoco la inmensa mayoría de los que siguieron el sensacional proceso, en la propia sala o en todo el país, a través de la lectura de relatos que llenaban páginas enteras en los periódicos.

EMPIEZA LA COMEDIA

El juicio, que se había iniciado el 17 de enero, no empezó a marchar, en realidad, hasta el 21 de marzo, ante un jurado de tres negros —había negros también entre los acusados y nueve blancos, del que era "capataz" una mujer dedicada a "sus labores", un ama de casa. La inmensa mayoría del jurado estaba formada por personas de condición social muy modesta. La única excepción era la de Russell Janney, autor de la novela "The Miracle Bells" que tenía un extraordinario éxito de librería.

Empezó la sesión con un discurso del primer fiscal en que expuso las razones por las que se afirmaba que los acusados debían ser juzgados y condenados y aseguró que demostraría con documentos y testigos que los acusados habían establecido "escuelas de dirección y entrenamiento" para la preparación de un cuadro de dirigentes revolucionarios encargados de acabar por la violencia con los "últimos vestigios del Estado burgués".

Al día siguiente se produjo un nuevo choque entre el juez y la defensa. El juez Medina había sido visto con la mano en la cabeza y aquel lo tenía tremenda significación sin duda. Harry Sacher, uno de los abogados defensores, se dirigió a la mesa para exclamar: "Se ha rascado usted la cabeza y se ha tirado de la oreja". Aquello, según él, era profundamente revelador, pues demostraba que la mesa estaba tratando de negar las declaraciones de la defensa. El juez se sonrió y contestó sosegadamente: "Me han llamado ustedes corrompido y todo lo que han querido pensar de mí. Quiero, señores, que comprendan que cuando me rasco la cabeza me limito, sencillamente, a rascarme la cabeza".

Y así continuó durante otras dos semanas, la vista con una tendencia irresistible una y otra vez, a perderse entre prolijos, interminables discursos, que nada o poco decían, y entre violentos choques de los defensores con el juez y la acusación.

ESTALLA UNA BOMBA

Inesperadamente, el 6 de abril se produjo en la sala algo que no se podría describir con visos de justicia más que diciendo que acababa de hacer explosión una bomba, que cogió a la defensa totalmente fuera de guardia. El fiscal entregó

una nota al alguacil, quien, después de leerla, anunció en voz alta, que resonó contra el artesado de la sala: "Herbert A. Philbrick pase, por favor, al banquillo de los testigos".

Herbert A. Philbrick era un joven que llevaba nueve años al servicio del partido comunista, estimado y respetado de la organización en la ciudad de Boston. Los defensores se fueron poniendo de pie, uno detrás de otro, y protestaron airadamente. Aquello no era posible. Pero el juez rechazó tranquilamente una objeción tras otra. Philbrick empezó a declarar y anunció que, desde el principio mismo de su ingreso en el partido comunista, no había dejado de ser un agente secreto del F.B.I.

El F.B.I. no quería que Philbrick declarase. Ello suponía destruirlo como agente dentro de la organización del partido comunista y condenarse de antemano a perder unos servicios que habían sido sumamente valiosos. Pero las informaciones que se habían recibido por su conducto carecerían, en este caso, de valor, de ser consideradas como testimonios secretos. El fiscal estaba convencido de que tenía pruebas más que sobradas para demostrar el carácter auténtico del partido comunista. Pero hacía falta convencer a los demás, al jurado, sobre todo. Y esto no era posible sin aportar algo más definitivo que puras informaciones susceptibles de ser deshechas por la defensa.

En contestación a una pregunta del fiscal sobre si se enseñaba que el gobierno de los Estados Unidos, concretamente el gobierno, debería ser destruido, Philbrick contestó: "No es posible apoderarse de él en la forma en que se encuentra, sino que debe ser completamente destruido y en su lugar instaurada la dictadura del proletariado".

Veinte días después hacía explosión otra bomba. Fué llamada a declarar Angela Calomiris, una joven por la que la dirección del partido comunista sentía admiración rayana en idolatría por la devoción y capacidad con que se había entregado al partido, desde el año 1942, en una barriada neoyorquina, la de Greenwich Village. Al igual que Philbrick y otros cinco miembros del partido comunista que fueron apareciendo, había sido desde el principio agente secreto del F. B. I. Las declaraciones de la Calomiris no sólo apoyó sólidamente la de Philbrick, sino que la amplió con detalles sobre la organización clandestina, las reuniones secretas, los nombres supuestos de muchos dirigentes, los preparativos para futuras empresas de conspiración, etc.

No volvió a ser la defensa lo que había sido hasta entonces. Cuando le llegó el turno, hizo desfilar testigos y más testigos, todos los que podía y el Tribunal aceptaba, con la primordial finalidad de ir dando largas al proceso.

Luchaba ya el comunismo contra

algo que estaba llamado a ser su obsesión de ahora en adelante: el terrible significado de la presencia de agentes del F.B.I. en sus propias filas, lo que ha tenido como consecuencia cambios profundos, sospechas que nunca se podrán extirpar radicalmente, precauciones, recelos.

RESULTADO DEL JUICIO

Empezó la fase final el 7 de octubre, y el día 13 el juez se dirigió al jurado para puntualizar que los acusados habían violado la ley Smith, al formar parte de una conspiración "para inculcar el deber o la necesidad de derrocar o destruir" al gobierno de los Estados Unidos.

El jurado empezó a deliberar a las tres cincuenta y tres de la tarde del 13 de octubre para concluir a las once veinticuatro de la mañana del día siguiente, en que comunicó las conclusiones que había llegado, anunciadas por la señora Thelma Dial:

"Eu jurado ha considerado culpable a cada uno de los acusados".

Una vez el juez Medina había ordenado que cada uno de los acusados fuese conducido a la cárcel hasta que le fuera comunicada la sentencia declaró: "Ahora necesito volver la atención a algo que no ha terminado todavía. Las siguientes personas tendrán la bondad de levantarse a medida que pronuncie sus nombres". Y fué pronunciando los nombres de los abogados defensores. Cuando los tuvo a todos de pie ante él, continuó: "Les declaro en desacato al Tribunal. Les declaro culpables de un esfuerzo meditado, deliberado y concertado para obstruir la vista de la causa, con el propósito de provocar tal confusión que evitase llegar a una sentencia". Condenó a tres de ellos seis meses de cárcel y a los otros cuatro, a treinta días.

EL F. B. I. POR DENTRO

- ◆ Un redactor de la revista "Time" que fué comunista denunció una red de espionaje rojo en Estados Unidos.
- ◆ Compareció ante el Comité de Actividades Antiamericanas y ratificó los cargos, polemizando con el acusado.
- ◆ Mientras, el FBI que lo oía todo fué redondeando su investigación para descubrir detalladamente la red de espías.

Capítulo IX

— El duelo Hiss-Chambers —

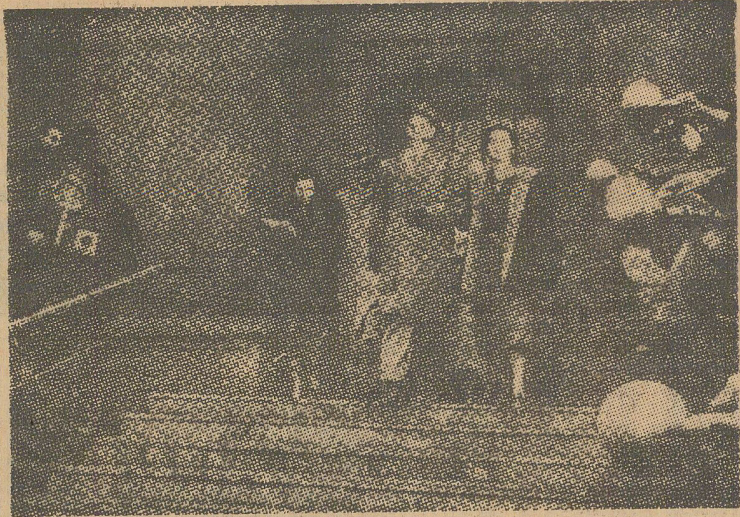
Todo empezó de una manera inocente, casi ingenua, el 3 de agosto de 1948, cuando Whittaker Chambers, uno de los principales redactores del semanario "Time", compareció ante la Com. de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes. Chambers, que se había ya distanciado del comunismo, hizo al-

gunas revelaciones curiosas al describir, con su enraizada vena literaria, a un grupo "brillante" de comunistas que habían sido cuidadosamente seleccionados para actuar dentro del gobierno de los Estados Unidos. Un miembro de este grupo era un joven distinguido entre los distinguidos, de deslumbrante carrera, consejero

(Página seis, columna tres)



Ring Lardner, autor de guiones cinematográficos y su esposa, la artista Frances Cheney, que tuvieron que comparecer ante la Comisión de Actividades Antinorteamericanas, a causa de las infiltraciones comunistas en Hollywood.



Alger Hiss abandona la sala del tribunal que lo juzgó por espionaje; la acompaña su esposa.

El F.B.I. por dentro

(Continuación de la página PRIMERA)

de Roosevelt en conferencias de la importancia de Yalta, miembro de la delegación norteamericana en las Naciones Unidas, autor en gran parte, del proyecto de la Carta de las Naciones Unidas, y así sucesivamente. Después de abandonar el Departamento de Estado pasó a ocupar la presidencia todavía muy joven, de una de las primeras instituciones filantrópicas norteamericanas, la Carnegie Endowment for International Peace.

Hiss, que era el aludido, negó de plano. Afirmó que ni siquiera conocía a Chambers. Pero el testimonio de éste, que se hizo mucho más preciso después de la declaración de Hiss, era de tal naturaleza que parecía imposible que fuese producto de una imaginación extraordinaria. Había en él descripciones detalladamente minuciosas de la vida de Hiss y de su esposa, Priscilla; de costumbres, rasgos personales, aficiones e intereses; tal abundancia de nombres y datos, y muchas más cosas que no podían descartarse.

Se llegó como era obligado a un careo y en él, Hiss que con tanta seguridad y consistencia había negado todo lo que Chambers había dicho, a la vez que insistía en no conocerlo, retrocedió a grandes pasos. Aquel hombre que estaba viendo no le era desconocido, es verdad. Era uno, ahora recordaba, que había conocido bajo el nombre de George Crosley a quien había conocido en su pliso de Washington en el verano de 1933 "un despojo social" en el fondo, porque no había hecho otra cosa que aprovecharse de su generosidad y "chupar" todo lo que podía; ni le pagaba la renta ni le devolvía el dinero que le fue prestando, y, además, había hecho un uso abusivo y desalmado de todas sus cosas. Finalmente, Hiss, con la indignación del hombre que se ve sorprendido con la revelación de algo real, pero oculto hasta ahora, sino con una prueba semejante de ingratitud, luminosa por parte de una persona que sólo favores había recibido de él, retó a Chambers a que sostuviera en público, fuera de allí, todo lo que había afirmado.

UN PLEITO POR DIFAMACIÓN

Hiss pareció vacilar mucho antes de llevar a cabo lo que había prometido: entablar proceso judicial por difamación. Pasaron los días y en la Prensa empezaron a ser más frecuentes las alusiones a un silencio sospechoso, hasta que, un mes más tarde, llegó la demanda judicial, el comienzo de un pleito por difamación en el que pedía reparaciones por valor de setenta y cinco mil dólares.

Esto forzó las cosas, que se venían desarrollando en un ambiente de gran moderación. Había indicios, por lo menos circunstanciales, de que Chambers no quería cebarse en la persona de su antiguo amigo y compañero de actividades al servicio del partido comunista y de una potencia extranjera: la Unión Soviética.

En los comienzos mismos del proceso relacionado con la demanda de Hiss, los abogados de éste pidieron a Chambers que presentase pruebas, si las tenía, de las acusaciones que había hecho, Chambers, de una manera que parecía casual, puso sobre la mesa, un paquete consistente en cuarenta y siete copias de documentos del Departamento de Estado, y notas escritas a mano por el propio Hiss, que le habían sido entregadas días por Hiss, en abril de 1938, para ser puestas en manos del coronel Boris Bykoff, agente soviético de espionaje a la sazón en Nueva York. Posteriormente, fueron apareciendo otras pruebas todavía más comprometedoras, en particular las salidas de una expedición hecha por agentes del FBI y otras personalidades a la granja de Chambers. Allí, en el interior de una calabaza hueca, había microfilms en los que se habían copiado documentos del Departamento de Estado. El peso abrumador de los cargos que se hacían contra Hiss, todavía tenían carácter circunstancial, por haber él negado tener parte alguna en el asunto.

Por fin, el 31 de mayo de 1949, Alger Hiss compareció ante un tribunal federal, en Nueva York. En frente tenía como fiscal al abogado Thomas F. Murphy, del Departamento de Justicia, junto con Thomas J. Donegan, que antes de ser miembro del Departamento de Justicia había sido agente especial del FBI y perito en cuestiones de espionaje. A su lado, como defensor, tenía a un abogado con una larga historia de grandes éxitos, Lloyd Paul Stryker. El juez era Samuel H. Kaufman; el jurado lo componían diez hombres y dos mujeres.

EMPIEZAN A SACAR TRAJOS SUCIOS

Empezó el juicio con un discurso del fiscal, en el que se prometió demostrar que Alger Hiss se había aprovechado de su posición de alta responsabilidad y confianza en el Departamento de Estado para tomar documentos secretos, copiarlos —la labor de copia parece que fue hecha en gran parte por su propia esposa— en una máquina de escribir de su propiedad marca Woodstock, que figuró como una de las grandes piezas de la acusación, y pasar definitivamente las copias al coronel Bykoff. Terminó diciendo, dirigiéndose al jurado: "Hasta que no hayan oído el relato completo de Mr. Chambers no se encontrarán en condiciones de comprobar su autenticidad. Quiero que se fijen mucho en el color de la cara de Mr. Chambers. Si no acaban ustedes creyendo su relato, entonces toda nuestra argumentación se vendrá al suelo".

Y tomó la palabra el abogado defensor, que había prestado una atención extraordinaria a lo que decía la acusación, con la esperanza de encontrar en ella algún punto débil que le permitiese concentrar sobre él todo el ímpetu del ataque. Asumiendo una actitud lo menos formal posible, pasándose de un lado para otro, en las proximidades del estado reservado a los miembros del jurado, empezó a describir con trazos precisos y sosegados, el carácter de su defendido, el hombre en quien habían acabado por depositar ciega confianza todas las personas con las que había establecido relaciones y contactos, hasta llegar a Franklin D. Roosevelt, entonces Presidente de Estados Unidos. No en balde, en favor de Hiss, habían llegado testimonios demostrativos de su integridad, su rectitud, su honorabilidad, su carácter irachable y su capacidad nada corriente.

Con una preparación semejante, pasó a describir a Chambers, el hombre que había intentado manejar la vida de Hiss. ¿Quién es Chambers? Prometió Stryker demostrar ampliamente que se trataba de un "ladrón", un "embustero", un "perjuro", "una lepra moral", y un "malhechor", prometió demostrar que siempre había sido un "hombre furtivo, de vida misteriosa, un embaucador", dedicado a "una nefasta miserable conspiración"; acabaría demostrando que las acusaciones de Chambers contra Hiss habían sido diabólicamente preparadas y meditadas por el propio Chambers y su esposa, Esther Shemitz Chambers.

PRUEBAS ABRUMADORAS

Cuando el fiscal pidió que Chambers compareciese ante el Tribunal para tomarle declaración, había un ambiente de calada expectación en la sala. Y lo que siguió no era para menos. El fiscal fue desenvolviendo el ovillo de una vida en la que había poco digno de consideraciones y elogios: una vida caparria, desordenada, incluso en sus años de estudiante en la Universidad de Columbia, picaresca y revolucionaria al mismo tiempo. Había prostitución en su vida, falta de respeto para los profesores, y, por fin, lo inevitable: la declaración pública de que el comunismo era lo único que podía dar solución a los problemas sociales planteados. Llegó a ser redactor del "Daily Worker", órgano del partido comunista en los Estados Unidos. Pero en 1929 parecía estar ya desilusionado. Le habían las luchas internas que no dejaban de suscitarse en el partido comunista, y se fue distanciando más y más.

Volvio, sin embargo, al comunismo activo después de haber pasado algún tiempo dedicado a traducciones, y acabó siendo director de la revista "New Masses", comunista. Poco más tarde pasó al aparato secreto del partido comunista y se dedicó precisamente a ser el organismo de enlace entre los Estados Unidos y Europa.

Chambers describió con muchos detalles una entrevista que tuvo en 1934 con un tal J. Peters, representante del Comintern en los Estados Unidos, y posteriormente, deportado, en la cual le presentó a Alger Hiss, quien había sido elegido, entre una lista de agentes secretos del comunismo, ya introducidos en el Gobierno de la nación, para formar parte de un equipo especial clandestino.

Según Chambers, Hiss recibió instrucciones en 1935 para utilizar su posición en el Gobierno con objeto de obtener "ciertos documentos" que "me fueren entregados a mí. Yo los fotografié y pasé la película a J. Peters". En esta ocasión Hiss era consejero legal de una Comisión investigadora del problema del municionamiento.

Al año siguiente, en 1936, Hiss fue trasladado al Departamento de Estado como ayudante del director general, Francis Sayre. Chambers, siguiendo instrucciones recibidas, le pidió que se trasladase a Nueva York para celebrar una entrevista, en la cual le puso en contacto con el coronel Bykoff. Desde entonces —dijo Chambers— Hiss y Chambers quedaron total y absolutamente incorporados al servicio de espionaje soviético en los Estados Unidos. El papel de Hiss era obtener documentos secretos del Departamento de Estado, reproducirlos y entregarlos a Chambers que a su vez, los pasaba a Bykoff.

Esto siguió hasta fines de 1937 en que Chambers pasó por otra de las crisis, que parecen ser una de las notas dominantes de su carácter. Llegó a tener el convencimiento de que el comunismo es monstruoso, un régimen totalitario y brutal. Desde entonces Chambers vivía una vida de tormento y obsesión que no podría seguramente,

presencia del abogado defensor de Hiss, había un estado de tensión en la sala. Al fin y al cabo, era explicable. Su esposo había hecho declaraciones que dejaban en un lugar nada alroso la posición de un esposo y un padre de dos niños.

Tuvo la declaración de la señora Chambers un interés particular por haber insistido mucho su esposo en las relaciones de gran amistad, durante años, no sólo entre Chambers y Hiss, sino entre ambas familias, y por haber insistido Hiss, con no menor fuerza, en no haber mantenido relación alguna de intimidad con aquel hombre al que había conocido, es verdad, pero de una manera muy superficial y con nombre supuesto.

La señora Chambers corroboró en líneas generales —y con muchos detalles más— lo que había dicho su marido. Con ese don peculiar de la mujer para el detalle, la señora Chambers fue haciendo descripciones minuciosas de la vida de los esposos Hiss. Su testimonio de ser aceptado por el jurado, produciría sin duda una mella ancha y profunda en la armadura con que se había recubierto Hiss y la que ya daba indicios de haber sufrido golpes muy fuertes. De aceptarse ese testimonio, Hiss habría incurrido en el delito de haber prestado falso testimonio bajo juramento. Uno de los deslumbrantes atributos de su carácter, se habría venido irremediablemente al suelo.

prolongarse con carácter indefinido.

Chambers continuaba actuando como intermediario entre Hiss y Bykoff. La última entrevista con Hiss —dijo Chambers—, se celebró en abril de 1938. Pero ésta no fue seguida de la correspondiente entrevista con el agente soviético. Los documentos que había recibido, junto con las copias microfilmadas, quedaron en sus manos hasta pasar a las de los representantes de la justicia años más tarde.

Chambers escondió los documentos y las copias. Más tarde, acabaron en la famosa calabaza escondida en la finca que Chambers había comprado en Maryland cuando, ya redactor de la revista "Times"—a la que hizo confesión secreta de sus anteriores actividades, pero sin hacer alusión siquiera, al parecer, a las de espionaje —empezó a gozar de buenos ingresos.

DECLARA LA SRA. CHAMBERS
Fue larga, prolija, de bastantes días de duración, la declaración de la Sra. Chambers, primero a las

EL F. B. I. POR DENTRO

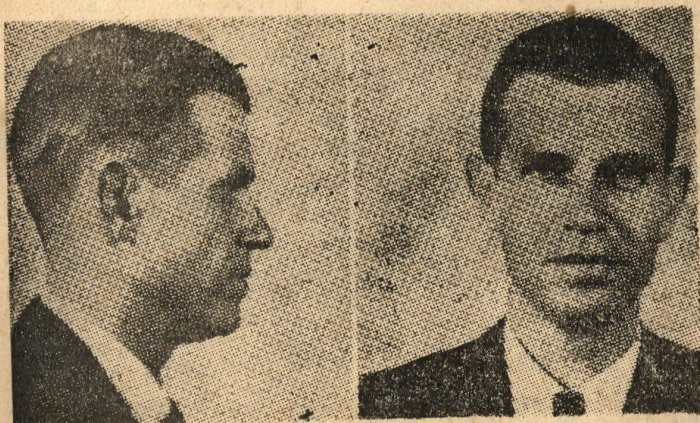
- ◆ El proceso por espionaje contra Alger Hiss tuvo influencias directas en el triunfo electoral de Eisenhower en 1952.
- ◆ La defensa agotó todos los medios tratando de probar la inocencia del acusado Hiss en un dramático interrogatorio.
- ◆ Todo era confuso en aquel proceso y se requirió la intervención de los hombres del F.B.I.

Capítulo X — Juicio por espionaje —

El proceso seguido contra Alger Hiss fué histórico por muchas razones, pero, sobre todo, porque puso de manifiesto la existencia de una amplia y profunda red de espionaje comunista en los EE. UU., que había conseguido tocar secretos vitales de la vida oficial norteamericana, y, en realidad, de todas las potencias occidentales.

En algún aspecto, el espionaje soviético, no tuvo consecuencias tan trágicas, pero en lo político las tuvo dramáticas y de un alcance que será difícil calibrar con exactitud, por lo menos mientras no se vayan asentando algo las tormentosas pasiones agitadas en torno de procesos como el de Alger Hiss. Este fué, quizá, en buena parte, el

(Página siete, columna tres)



De frente y de perfil, el antiguo y eficaz método de identificación, aparece en el fichero del Buró Federal de Investigaciones, Alger Hiss, después de su detención por espionaje.

El F.B.I. por dentro

(Continuación de la página PRIMERA)

más importante de los factores que acabó derrumbando la fama de los que han sido en la vida política norteamericana personajes dominantes de toda esta época, como Truman, Acheson, y otros, incluso Adlai Stevenson, principalmente por haber sido instrumentos, inocentes y pasivos, de la incansable actividad comunista. Por eso, el proceso seguido contra Alger Hiss tuvo tanta importancia y despertó tanto interés, por ser, al mismo tiempo, un asunto judicial y el comienzo de una revolución política que entró en su fase culminante en las elecciones presidenciales de 1952. A no ser, por esto, es muy dudoso que, aparte cualquier otra posible combinación de factores, hubiese sido derrotado el partido demócrata de una manera tan decisiva.

DESENVOLVIMIENTO FINAL DEL JUICIO

Había llegado el momento en que el ministerio fiscal empezaba a dedicar días a ir puntualizando, con inagotable paciencia, los detalles de sus argumentos principales: "Que todos los documentos que habían desfilado en todos estos días anteriores, eran con la excepción de uno, o bien papeles salidos de la propia pluma de Hiss o de la misma máquina de escribir, de un antiguo modelo "Woodstock", que había sido de la propiedad de la señora Priscilla Hiss, esposa del acusado, en los años finales de la década de 1930. Que todos los documentos eran altos secretos de Estado que todos habían pasado por la mesa de Alger Hiss; que no podían haber sido escomoteados por Wadleigh, otro alto funcionario mezclado en el proceso. Su nombre apareció en la lista de agentes secretos comunistas facilitada por Chambers y sobre el cual se advertía la tendencia a ir acumulando cargos y responsabilidades, particularmente desde el momento en que el propio Wadleigh acabó declarando la existencia de esta red de espionaje.

Stryker comenzó a interrogar a su defendido, que continuaba produciendo una grande y nada desfavorable impresión en la sala.

—Mr. Hiss —empezó preguntando—. ¿Es usted o ha sido miembro del partido Comunista o simpatizante?

—Ni lo soy ni lo he sido jamás

—contestó con la mayor firmeza.

—¿Son estas notas —añadió el defensor, con un montón de papeles en la mano— de su puño y letra?

—Sí, lo son—contestó Hiss.

—¿Las entregó usted en 1938 o en cualquier otro momento de su vida a Whittaker o a Chambers?

—No señor.

—¿Alguna vez en su vida entregó usted documentos del Departamento de Estado a Whittaker o a Chambers?

—No, jamás.

Había un aire de satisfacción ilimitada en la cara, en el cuerpo entero del defensor, quien, acto seguido, empezó a describir la vida ejemplar de Hiss, desde la más tierna infancia hasta que llegó a ser secretario general de la Conferencia de San Francisco, en la que había nacido a la vida internacional de las Naciones Unidas. Después se dedicó a ir destrozando el testimonio de Chambers, en particular todo aquello que había dado la impresión de la existencia de una vida de arraigada amistad entre ambos y sus respectivas familias.

De esta fase del juicio salió la sospecha de que los documentos que, sin duda de ningún género, habían pasado por la mesa de Hiss, en el Departamento de Estado, podrían haber sido sustraídos por Wadleigh. Las puertas de su despacho —declaró Hiss— habían es-

tado siempre abiertas de par en par. Los periodistas y empleados entraban y salían cuando querían. El propio Wadleigh había entrado allí repetidas veces.

En cuanto a la máquina, según recordaba, se había desprendido de ella en 1937.

Vino a continuación la declaración de la señora Hiss, quien apoyó con firmeza el testimonio de su esposo, como antes había sucedido, en favor de Chambers, con la esposa de éste. Con gran riqueza de detalles, punto por punto, fué contradiciendo todo lo que había declarado la señora Chambers, como demostración inconfundible de la existencia de unas relaciones de gran amistad. Es verdad que la señora Hiss había conocido a los esposos Chambers —bajo el nombre de Crosley— en la primavera de 1953, pero nada más y sin que hubiese en ello asomos de intimidad.

¿CUAL ERA LA VERDAD?

Alguien había mentido, sin duda. Y si el jurado diera crédito al testimonio de Hiss, todo el proceso, tan paciente y costosamente preparado, se habría venido abajo. Era difícil, en realidad, no dar crédito a lo que Hiss había declarado y afirmado.

El defensor pasó a resumir el caso, desde su punto de vista:

"Aquí se ventila —dijo— una cuestión, sólo una cuestión. ¿Facilitó, transmitió y entregó Mr. Hiss a Chambers documentos reservados en febrero y marzo de 1938? Esta es la única cuestión. Hay sólo un hombre en todo el mundo que afirma que Hiss le facilitó estos documentos, y ese hombre es Chambers. No prestaría yo crédito a Chambers, aunque se encontrase encaramado sobre un montón de Biblias, ni siquiera en el caso de que el FBI las hubiese ido amontonando hasta que tocasen el tejado de este rascacielos. La perversidad, el engaño y la delincuencia han marcado a este hombre, Whittaker Chambers, como si se hubiese utilizado para ello un hierro candente".

Le llegó el turno al Fiscal cuyo informe fué breve, pero brutalmente franco. "Alger Hiss ha sido traidor a su patria —afirmó con voz de trueno—. Ha sido otro Benedict Arnold, otro Judas Iscariote. Las rosas que se pudren e infectan son peores que la peor maleza. Un hombre tan brillante como éste y que traiciona a su patria huele a podredumbre. Detrás de una cara sonriente está un corazón negro y corroido por el cáncer".

Resumió el caso el juez el 7 de julio de 1949, y a las cuatro y veinte de la tarde fué entregado en manos del jurado. Habían pasado ya las nueve de la noche del día siguiente y el jurado continuaba sin ponerse de acuerdo: ocho de sus miembros, en favor de un veredicto de culpabilidad y los otros cuatro, en favor de que Hiss era inocente.

—No nos queda otra alternativa que descargar al jurado —declaró finalmente el juez.

Meses después, el 17 de noviembre, volvía a empezarse de nuevo con otro jurado.

CÓMO EL F.B.I. CAMBIO EL CUADRO

El Departamento de Justicia y su brazo investigador, el FBI se encontraron en realidad, sólo con un montón de documentos, cuarenta y dos en total, que Chambers había afirmado que habían sido copiados en una máquina propiedad de Hiss. Entre la declaración de Hiss y las pruebas legales presentadas en su apoyo había un abismo, difícil de salvar. El F.B.I. como es su costumbre, se hizo cargo del asunto, que pasó a sus manos, y con paciencia y exactitud científica, acabó desmenuando, sin lugar a dudas, que los documentos habían sido copiados en aquella máquina, marca Woodstock, que había sido propiedad de los Hiss. Otra

investigación detallada demostró que nunca se habían empleado máquinas de escribir como aquella en el despacho de Hiss, en el Departamento de Estado por lo cual los documentos no podrían haber sido copiados allí.

Se pasó a otra fase. Los agentes del FBI empezaron a mostrar interés por saber qué clase de máquinas de escribir habían tenido los esposos Hiss en su casa. De las declaraciones obtenidas resultó que "probablemente una antigua Remington", que más tarde, hacia mediados de 1938 había sido vendida o regalada, no sabían exactamente a quién. No podrían los agentes considerarse satisfechos con una declaración, cualquiera que fuese, y por muy lógica que pareciese. Si-guieron las investigaciones en busca de más pruebas, como cartas, informes, papeles, todo lo que pudiese haber pertenecido a la familia Hiss. Entre las cosas que se encontraron hubo un informe que Priscilla Hiss había preparado para la asociación de alumnas del colegio de Bryn Mawr, en el que había estudiado. Y todo lo que se obtuvo era contrastado, por copias de los citados documentos. Se llegó a tener la evidencia abrumadora de que todo había salido, no solamente de la misma máquina, sino hasta de las mismas manos.

Para darse una pequeña idea de cómo trabaja el F.B.I. acaso baste el asunto pasó al jurado, compues-

to por ocho mujeres y cuatro hombres, que estuvo deliberando casi 24 horas y que, al fin, anunció veredicto de culpabilidad. Fue condenado Alger Hiss a cinco años de prisión. Por primera vez el acusado que había mantenido una actitud de seguridad casi ofensiva, reveló impaciencia en el momento de comparecer el jurado en la sala. Se inclinó hacia adelante, como para no perder una palabra de lo que se iba a decir. Y al oírlo, se dejó caer literalmente hacia atrás, sobre el respaldo del asiento.

En seguida se iniciaron los re-

cursos de apenación, que llegaron al Tribunal Supremo. Pero el fallo se mantuvo y Hiss empezó a sufrir la condena que le había sido impuesta.

No hace mucho, por haberse cumplido ya el tiempo reglamentario de prisión para empezar a disfrutar de la libertad condicional, en el caso de buena conducta y otros factores favorables, Hiss presentó un escrito pidiendo la libertad. Fué estudiado y denegado. La gravedad del delito cometido exige el agotamiento de la sentencia impuesta.

(Mañana, capítulo final).

EL F. B. I. POR DENTRO

- ◆ J. Edgar Hoover que es muy imaginativo aplicó con positivos resultados al FBI una nueva técnica que algunos creen infalible.
- ◆ Hoover fué siempre un muchacho estudioso y lleno de ambiciones. Su constancia lo llevó a una de las más poderosas posiciones de Estados Unidos.
- ◆ El actual director del FBI es testigo de procesos sensacionales y su labor puede decirse, no obstante, que comienza ahora su fase más dificultosa.

Capítulo final

— EL DIRECTOR —

A lo largo de varios artículos hemos expuesto qué representa y cómo funciona el F.B.I. Vamos a

terminar esta serie de trabajos hablando del hombre que ha sido su creador. Si de alguna vasta empresa puede afirmarse que es obra de un solo hombre, cabe decirlo del F.B.I., sin duda de ninguna clase.

tiene el F.B.I. amigos y enemigos. Entre los primeros está aunque no siempre se dé cuenta cabal de ello, la inmensa mayoría de la población de los Estados Unidos. Y, entre los segun-

(Página seis, columna tres)

El F.B.I. por dentro

(Continuación de la página PRIMERA)

dos, todo el que vive al margen de la ley. Unos y otros coinciden, sin embargo, en una cosa, en la enorme eficacia de este organismo, creado, en realidad, por un hombre que lleva treinta años, los mejores de su vida, a su frente: John Edgar Hoover. Es algo que puede demostrarse con miles de testimonios, tan elocuentes, a su manera como el de Kennie Wagner, uno de los más temibles bandidos norteamericanos que, durante años, paseó su hombría de mal de un lado al otro del país y dejó detrás de sí tendidos en el suelo, a cinco agentes de la autoridad.

Habían pasado sólo unas horas del confinamiento de Wagner en una celda de la prisión de Lynchburg, Estado de Virginia, cuando dijo, hablando con otro malhechor: —Es una terrible equivocación quebrantar las leyes federales. Te perseguirán como a un perro sin amo durante mil años, si es preciso, y acabarán cazándote.

Esto no había sucedido nunca en los Estados Unidos. Wagner, para no pederla ya jamás de vista, llevaba siempre en el bolsillo una caricatura que había cortado de un periódico. Aparecía en ella una mujer mirando a través de los barrotes de una cárcel, con la vista fija en un preso que estaba del otro lado, y el siguiente diálogo al pie: —¿Viene alguno de tus amigos a verte?

—No señora —contestó el preso—. Ya están todos aquí.

QUIEN ES J. EDGAR HOOVER

Nació J. Edgar Hoover en Washington, con el año de 1895. Pasó los años de la juventud como cualquier otro muchacho, aunque con más tendencia al estudio que la mayoría, y también, acaso, con mayores ambiciones. Los que han dedicado posteriormente alguna atención a examinar el pasado de quien acabó haciéndose famoso, creen haber descubierto, en efecto, más de un indicio revelador de un carácter, de una personalidad fuerte, que inclinaban a los compañeros de escuela e instituto a seguirle. Por lo demás era más bien bajo que alto y de poco peso, aunque de mucha resistencia física, que le hacía sobresalir en el deporte, tanto por su fortaleza como por su agilidad; tenía además, una mente despierta y resobante de recursos.

En 1913, con el título de bachiller en el bolsillo, empezó a trabajar en la Biblioteca del Congreso. Por la noche seguía estudiando, con la esperanza de ser abogado en la Universidad de George Washington. Se graduó cuatro años más tarde y aprobó también los exámenes de ingreso en el Colegio de Abogados. En seguida, entró al servicio del Departamento de Justicia y, con su país ya en guerra al lado de los aliados, se fue orientado hacia tareas relacionadas con el contraespionaje.

Dos años después fue nombrado ayudante especial, uno de tantos, del fiscal general, cargo que en los Estados Unidos es equivalente al de ministro de Justicia. En 1921 cuando tenía veintiséis años de edad, fue nombrado director adjunto del "Federal Bureau of Investigation", que más que un organismo gubernamental dedicado a la investigación en la lucha contra el crimen y la delincuencia, parecía ser una de las tradicionales vocachuelas burocráticas en las que se va matando el tiempo a cambio de un sueldo que no exigía demasiado trabajo. Aquí como tantos otros organismos oficiales, la influencia política era definitiva. Los nombramientos respondían, casi siempre, a las necesidades y los dictados de la política.

Eran los días en que una ola de

ilegalidad, nacida al calor de la "ley seca" y el "gangsterismo", que dió triste celebridad a Chicago y otros grandes centros de población del país, amenazaba con sumergir a los Estados. La mano del "gangster", empuñando un revólver o una pistola ametralladora, podía más, mucho más, que la mano de la justicia, y no faltaban técnicos que asegurasen que no tardaría mucho en llegar Al Capone a la propia Casa Blanca.

Aquel joven se quemaba las cejas y se consumía las entrañas pensando e ideando maneras de acabar con aquel ambiente de asfixia e impotencia. El negociado en que prestaba servicios estaba enteramente a merced de la política, con la mayoría de los jefes y funcionarios dominados por el convencimiento. La mayor demostración de ello estaba en que cualquier recomendación de un senador, de influencia, bastaba como requisito para obtener un empleo satisfactorio, sin pensar para nada en otras cualidades. Y lo poco que pudiese existir que no estuviese políticamente corrompido adolecía del grave defecto de la incapacidad, como salido de los moldes de la rutina, de una tradición que estaba cayendo rápidamente en desprestigio.

UNA PROPOSICION SORPRENDENTE

Era la suya una terrible batalla contra molinos de viento. Hasta que la casualidad, quizá, llevó a Harlan F. Stone al primer despacho del Departamento de Justicia. Este hombre no tardó en darse cuenta de la necesidad de una reforma a fondo, de lo que estaba más necesitado que ningún otro organismo el "Federal Bureau of Investigation".

Un día llamó al joven Hoover a su despacho. Sin rodeos de ninguna clase le informó de que buscaba un hombre para dirigir todo el negociado. Hoover tenía entonces veintinueve años. Apenas podría pasar por su mente que nadie se hubiese fijado en él para nombrarlo director general. Y quizá menos todavía si alguien se fijaba en las circunstancias personales que le rodeaban. Los cargos de esta clase eran —en su mayoría— políticos. Y él jamás había sentido la menor inclinación por la política. Es más, como nacido y residente de siempre en Washington, la capital federal de los EE. UU., no tiene otra personalidad política que la reflejada por el hecho singular de ser la sede del gobierno federal de la nación. En los años de elecciones, Washington es un remanso de calma y quietud absolutas, el único sitio del país donde no se vota. Por no tener personalidad política, carece incluso de un organismo municipal de elección.

En realidad, el Ayuntamiento de Washington es el propio Congreso, que para la atención de las cosas de la ciudad designa una Comisión especial.

No podía, pues, haber nada de carácter político que hiciese a este joven recomendable para un puesto que había sido eminentemente político hasta entonces. Acaso —pensó— el fiscal general querría hacerle alguna pregunta sobre el servicio y sobre las condiciones que debería reunir la persona que sería designada para regirlo.

—Hoover —dijo al fin Mr. Stone, el mismo que más tarde habría de ser nombrado presidente del Tribunal Supremo—, he estado buscando al mejor hombre del país para encargarse de este negociado; y ese hombre eres tú.

Hubo unos instantes de silencio. —Mr. Stone —contestó el joven—, lo aceptaré, sólo con una condición: que la política y la in-

fluencia política quedarán absolutamente desterradas.

Mr. Stone, hombre de gran estatura, condición que ofrecía entonces un acusado contraste en aquel despacho, donde la otra única persona era un muchacho más bien bajo y delgado, se incorporó.

—Joven —dijo—, esa es la única condición que te pongo para que te hagas cargo del servicio. Ponte a trabajar.

LA TAREA DE REORGANIZACION

Empezó la limpieza y la reorganización, algo acaso sin precedentes en la historia del país. Los viejos "detectives" de corte literario, con trajes a cuadros, impermeables, lupa y botines, fueron pasando a la situación de retirados. Y, como tenía que suceder, se inició una campaña sorda, tremenda, contra aquel joven del que se decían ya las peores cosas posibles.

Pero seguían adelante las tareas de reorganización y los severos requisitos para ingreso en el servicio, lo que resultaba para muchos inexplicable, precisamente en los momentos de un cambio tan radical, cuando se necesitaba gente, mucha gente.

Los cambios llenaron de ilusión a muchos aspirantes a un puesto que seguramente sería bueno. Y empezaron las presiones, las influencias. De poco servía el anuncio de que las influencias no valían para nada. Siempre se ha dicho igual. Y siempre, también, las influencias han servido. Todo dependería, al fin y al cabo, de la influencia que las influencias tuviesen.

Un día se presentó en el despacho de Hoover la imponente personalidad de un senador, acompañado de un joven, cuya petición de ingreso en el F.B.I. había sido ya rechazada. El senador quiso ser amable. Hoover no lo fue menos.

Lo sentía mucho, sin embargo. Aquel joven no llenaba los requisitos indispensables. No era ni abogado ni perito mercantil. (El ser abogado se había fijado como condición para que, en unos días realmente difíciles todo agente especial tuviese un entrenamiento adecuado para encontrar siempre la salida a los interminables recursos de muchos de los mejores abogados de la nación que se encontraban al servicio de la delincuencia, capaz de pagar las minutas más caras; el ser perito mercantil era necesario para poder "navegar" por el mar misterioso de la contabilidad fraudulenta de muchos individuos interesados vitalmente en eludir las dificultades que el Fisco, por razón de las leyes de impuestos federales, ponía en su camino, al exigir una cuenta detallada de ingresos y gastos para el pago de las contribuciones).

El senador se vió sorprendido. No sabía que hubiese tal requisito. Saludó con la mayor amabilidad, y se fue.

CERRANDO UNA PUERTA DE ESCAPE

Hoover se quedó pensativo. Aque-

llo no era el fin del intento, sin duda. Inmediatamente llamó a consulta a otros jefes. En los requisitos de ingreso se había dejado algo en el aire. No se había pensado en que pudiera existir en algún estado condiciones un poco elásticas para la concesión del título de abogado. Se habían dado ya muchos casos de agentes que tenían el título sin haber pasado siquiera por la Universidad, por vanidad más que por deseo de dedicarse al ejercicio de la profesión. Se añadió, pues, una cláusula, en la que se establecía que el título habría de ser extendido por un Colegio o Universidad acreditado.

Poco tiempo más tarde el senador y su recomendado volvieron al despacho de Mr. Hoover. Esta vez llevaba el título de abogado, expedido por un colegio de abogados en el que, por aquel tiempo, bastaba con la recomendación de uno de sus propios miembros para su concesión.

—No puede ser, senador —explotó Mr. Hoover—. Para el ingreso en el F.B.I. hace falta ser abogado, no parecerlo.

La entrevista no fué ya cordial. Pero Hoover continuó inmovilizable y las normas que entonces dejó sentadas no fueron alteradas. Y marchó adelante rápidamente, hasta dotar a la nación de un organismo que tuvo que vencer tremendas resistencias, antes de convertirse en un sistema único en el mundo para la lucha contra la delincuencia de cualquier clase, contra el asesinato y el robo, el contrabando y los atracos, los secuestros y el espionaje, las falsificaciones y el comunismo. Tuvo que vencer incluso resistencias insidiosas, no sólo hijas de rivalidades y envidias, sino del temor a que un organismo federal acabase desplazando definitivamente a los servicios locales de la policía, en un país donde los delitos son normalmente de la competencia de las autoridades locales. Hubo que luchar, pues, contra quienes tenían intereses vitales en juego, o para los que era apremiante desacreditar al naciente FBI.

LA DETENCION DE ALVIN KARPIS

Se decía, por ejemplo, que era fácil la labor que J. Edgar Hoover realizaba, desde el despacho, mientras algunos de los mejores agentes morían en luchas desesperadas contra endurecidos asesinos. Hoy son pocos los asesinos que se atreven a enfrentarse con los agentes especiales del F.B.I. Han llegado al convencimiento de que no les queda una ocasión entre un millar de ellas, de escapar con vida. Pero no siempre fué así. En los primeros años, en aquellos tiempos en los que los mejores aliados del hampa eran los sensacionales y dramáticos relatos de la prensa sobre las hazañas de Floyd, Dillinger, Nelson y

tantos otros, más de un agente especial caía al suelo con el cuerpo acribillado a balazos. Cada vez que al despacho de Hoover llegaba la noticia de la muerte de uno de sus hombres, el temple de Hoover se endurecía más todavía por la influencia poderosa de la compasión que sentía por el caído y por la indignación que le producían los rumores, que no dejaban de circular, sobre la "comodidad" de su puesto, rumores lanzados por los interesados en desacreditar a un hombre y un servicio que se habían situado por encima de presiones e influencias, animados únicamente por el propósito de llenar bien su cometido. Hoover demostró una y otra vez que no había un grano de verdad en tales cosas. Siempre que podía, marchaba él mismo al frente de sus hombres y, precisamente en algunas de las más arriesgadas empresas, como en la que culminó con la detención de Alvin Karpis.

En este caso tuvo el propio director general del FBI una intervención personal, a pesar de la insistencia de altos jefes del servicio para que no interviniera por los graves riesgos que ello suponía. Karpis era, lo sabía todo el mundo, uno de los asesinos más audaces y menos escrupulosos del país y un tirador excelente.

La operación de la detención se llevó a cabo con un gran control y organización. Resultaba muy peligrosa debido a que la casa donde estaba escondido estaba situada en una céntrica avenida de la ciudad de Nueva Orleans, siempre llena de tránsito. Todo culminó en el éxito más rotundo. En aquel momento, Hoover realizó una de las grandes hazañas que tiene en su haber.

Y así, con actuaciones audaces cuando el caso lo requería, como John Edgar Hoover ha alcanzado el alto prestigio personal que le mantiene en su puesto desde hace 29 años y como ha conseguido dotar a su país de un instrumental de tal eficacia que ha alcanzado renombre universal.

Entre las insignias que ha recibido J. Edgar Hoover se encuentran la de la Orden y Mérito Policiaco Cubano que le fué impuesta por el Embajador de nuestro país en Washington y en presencia del capitán Oscar Gutiérrez de la Policía Nacional cubana.